mucho, porque yo me estudio, ¿sabes? es que sirvo, que podré servir para las cosas grandes; pero que decididamente no sirvo para las pequeñas.

Lo que Horacio le contestó, perdióse en la oleada de ternezas que vino después, llenando de vagos rumores la plácida soledad del estudio.

XVI.

Como contrapeso moral y físico de la enormísima exaltación de las tardes, Horacio, al retirarse de noche á su casa, se derrumbaba en el seno tenebroso de una melancolía sin ideas, ó con ideas vagas, toda languidéz y zozobra indefinibles. ¿Qué tenía? No le era fácil contestarse. Desde los tiempos de su lento martirio en poder del abuelo, solía padecer fuertes ataques periódicos de *spleen*, que se le renovaban en todas las circunstancias anormales de su vida. Y no era que en aquellas horas de recogimiento se hastiara de Tristana, ó tuviese dejos amargos de las dulzuras del día, no; la visión de ella le acosaba; el recuerdo fresquísimo de sus donaires ponía en contínuo estremecimiento su naturaleza, y antes que buscar un término á tan abrasadoras emociones, deseaba repetirlas, temeroso

de que algún día pudieran faltarle. Al propio tiempo que consideraba su destino inseparable del de aquella singular mujer, un terror sordo le rebullía en el fondo del alma, y por más que procuraba, haciendo trabajar furiosamente á la imaginación, figurarse el porvenir al lado de Tristana, no podía conseguirlo. Las aspiraciones de su ídolo á cosas grandes causábanle asombro; pero al querer seguirla por los caminos que ella con tenacidad graciosa señalaba, la hechicera figura se le perdía en un término nebuloso.

No causaron inquietud á doña Trinidad (que así se llamaba la señora con quien Horacio vivía) las murrias de su sobrino, hasta que pasado algún tiempo advirtió en él un aplanamiento sospechoso. Entrábale como un sopor, conservando los ojos abiertos, y no había medio de sacarle del cuerpo una palabra. Veíasele inmóvil en un sillón del comedor, sin prestar la menor atención á la tertulia de dos ó tres personas que amenizaban las tristes noches de doña Trini. Era ésta de dulcísimo carácter, achacosa, aunque no muy vieja, y derrumbada por los pesares que habían gravitado sobre ella, pues no tuvo tranquilidad hasta que se quedó sin padre y sin marido. Bendecía la soledad, y debía mucha gratitud á la muerte.

De su vida de afanes quedóle una debilidad nerviosa, relajación de los músculos de los párpados. No abría los ojos sino á medias, y esto con dificultad en ciertos días, ó cuando reinaban determinados aires, llegando á veces al sensible extremo de tener que levantarse el párpado con los dedos si quería ver bien á una persona. Por añadidura, estaba muy delicadita del pecho, y en cuanto entraba el invierno se ponía fatal, ahogada de tos, con horribles frialdades en piés y manos, y todo se le volvía imaginar defensas contra el frío, en la casa como en su persona. Adoraba á su sobrino, y por nada del mundo se separaría de él. Una noche, después de comer, y antes de que llegaran los tertulios, doña Trini se sentó, hecha un ovillo, frente á la butaca en que Horacio fumaba, y le dijo: «Si no fuera por tí, yo no aguantaría las crudezas de este frío maldito que me está matando. ¡Y pensar que con irme á tu casa de Villajoyosa resucitaría! ¿Pero cómo me voy y te dejo aquí solo? Imposible, imposible.»

Replicóle el sobrino que bien podía irse y dejarle, pues nadie se lo comería.

«¡Quién sabe, quién sabe si te comerán...! Tú andas también delicadillo. No me voy; no me separo de tí por nada de este mundo.

Desde aquella noche empezó una lucha tenáz entre los deseos de emigración de la señora y la pasividad sedentaria del señorito. Anhelaba doña Trini largarse; él también quería que se fuera, porque el clima de Madrid la minaba rápidamente. Habría tenido gusto en acompañarla; pero ¿cómo, ¡Santo Dios! si no veía forma humana de romper su amorosa cadena, ni siquiera de aflojarla?

«Iré á llevarla á usted—dijo á su tía, buscando una transacción,—y me volveré en seguida.

—No, no.

—Iré después á buscarla á usted, á la entrada de primavera.

—Tampoco.

La tenacidad de doña Trini no se fundaba sólo en su horror al invierno, que aquel año vino con espada en mano. Nada sabía concretamente de los devaneos de Horacio; pero sospechaba que algo anormal y peligroso ocurría en la vida del joven, y con felíz instinto estimó conveniente llevársele de Madrid. Alzando la cabeza para mirarle bien, pues aquella noche funcionaban muy mal los párpados, y abrir no podía más que un tercio de ojos, le dijo:

«Pues me parece que en Villajoyosa pintarías como aquí, y aun mejor. En todas partes hay Naturaleza y natural... Y sobre todo,

tontín, allí te librarás de tanto quebradero de cabeza, y de las angustias que estás pasando. Te lo dice quien bien te quiere, quien sabe algo de este mundo traicionero. No hay cosa peor que apegarse á un vicio de querer... Despréndete de un tirón. Pon tierra por medio.

Dicho esto, doña Trini dejó caer el párpado, como tronera que se cierra después de salir el tiro. Horacio nada contestó; pero las ideas de su tía quedaron en su mente como semillas dispuestas á germinar. Repitió sus sabias exhortaciones á la siguiente noche la simpática viuda, y á los dos días ya no le pareció al pintor muy disparatada la idea de partir, ni vió, como antes, en la separación de su amada, un suceso tan grave como la rotura del planeta en pedazos mil. De improviso sintió que del fondo de su naturaleza salía un prurito, una reclamación de descanso. Su existencia toda pedía tregua, uno de esos paréntesis que la guerra y el amor suelen solicitar con necesidad imprescindible para poder seguir peleando y viviendo.

La primera vez que comunicó á Tristana los deseos de doña Trini, aquélla puso el grito en el Cielo. Él también se indignó; protestaron ambos contra el importuno viaje, y... *antes morir que consentir tiranos*. Mas otro día, tratando de lo mismo, Tristana pareció conformarse. Sentía lástima de la pobre viuda. ¡Era tan natural que no quisiera ir sola...! Horacio afirmó que doña Trini no resistiría en Madrid los rigores del invierno, ni se determinaba á separarse de su sobrino. Mostróse la de Reluz más compasiva, y por fin... ¿Sería que también á ella le pedían el cuerpo y el alma tregua, paréntesis, solución de continuidad? Ni uno ni otro cedían en su amoroso anhelo; pero la separación no les asustaba; al contrario, querían probar el desconocido encanto de alejarse, sabiendo que era por tiempo breve; probar el sabor de la ausencia, con sus inquietudes, el esperar y recibir cartas, el desearse recíprocamente, y el contar lo que faltaba para tenerse de nuevo.

En resumidas cuentas, que Horacio tomó las de Villadiego. Tierna fué la despedida: se equivocaron, creyéndose con serenidad bastante para soportarla, y al fin se hallaban como condenados al patíbulo. Horacio, la verdad, no se sintió muy pesaroso por el camino; respiraba con desahogo, como jornalero en sábado por la tarde, después de una semana de destajo; saboreaba el descanso moral, el placer pálido de no sentir emociones fuertes. El primer día de Villajoyosa, ninguna novedad ocurrió. Tan conforme el hombre, y muy bien hallado con su destierro. Pero al segun-

do día, aquel mar tranquilo de su espíritu empezó á moverse y picarse con leve ondulación, y luégo fué el crecer, el encresparse. Á los cuatro días el hombre no podía vivir de soledad, de tristeza, de privación. Todo le aburría: la casa, doña Trini, la parentela. Pidió auxilio al arte, y el arte no le proporcionó más que desaliento y rabia. El paisaje hermosísimo, el mar azul, las pintorescas rocas, los silvestres pinos, todo le ponía cara fosca. La primera carta le consoló en su soledad; no podían faltar en ella ausencias dulcísimas, ni aquello tan sobado de *nessun maggior dolore*... ni los términos del vocabulario formado en las contínuas charlas de amor. Habían convenido en escribirse dos cartitas por semana, y resultaba carta *todos los días diariamente*, según decía Tristana. Si las de él ardían, las de ella quemaban. Véase la clase:

«He pasado un día cruel, y una noche de todos los perros de la jauría de Satanás. ¿Por qué te fuíste?... Hoy estoy más tranquila; oí misa, recé mucho. He comprendido que no debo quejarme, que hay que poner frenos al egoísmo. Demasiado bien me ha dado Dios, y no debo ser exigente. Merezco que me riñas y me pegues, y aun que me quieras un poco menos (¡no, por Dios!), cuando me aflijo por una ausencia breve y necesaria... Me mandas

que esté tranquila, y lo estoy. *Tu duca, tu maestro, tu signore.* Sé que mi *señó Juan* volverá pronto, que ha de quererme siempre, y *Paquita de Rímini* espera confiada, y se resigna con su *soleá.*»

De él á ella:

«Hijita, ¡qué días paso! Hoy quise pintar un burro, y me salió... algo así como un pellejo de vino con orejas. Estoy de remate; no veo el color, no veo la línea, no veo más que á mi *Restituta,* que me encandila los ojos con sus monerías. Día y noche me persigue la imagen de mi *mónstrua* serrana, con todo el pesquis del Espíritu Santo y toda la sal del *botiquín.*

»(*Nota del colector:* Llamaban *botiquín* al mar, por aquel cuento andaluz del médico de á bordo, que todo lo curaba con agua salada.)

»... Mi tía no está bien. No puedo abandonarla. Si tal barbaridad hiciera, tú misma no me la perdonarías. Mi aburrimiento es una horrible tortura que se le quedó en el tintero á nuestro amigo Alighieri...

»He vuelto á leer tu carta del jueves, la de las pajaritas, la de los éxtasis... *inteligenti pauca.* Cuando Dios te echó al mundo, llevóse las manos á la cabeza augusta, arrepentido y pesaroso de haber gastado en tí todo el ingenio que tenía dispuesto para fabricar cien ge-

neraciones. Haz el favor de no decirme que tú no vales, que eres un cero. ¡Ceritos á mí! Pues yo te digo, aunque la modestia te salga á la cara como una aurora boreal, yo te digo, ¡oh *Restituta!* que todos los bienes del mundo son una *perra chica* comparados con lo que tú vales; y que todas las glorias humanas, soñadas por la ambición y perseguidas por la fortuna, son un *zapato viejo* comparadas con la gloria de ser tu dueño... No me cambio por nadie... No, no, digo mal: quisiera ser Bismarck para crear un imperio, y hacerte á tí emperatríz. Chiquilla, yo seré tu vasallo humilde; pisotéame, escúpeme, y manda que me azoten.»

De ella á él:

«... Ni en broma me digas que puede mi *señó Juan* dejar de quererme. No conoces tú bien á tu *Panchita de Rímini,* que no se asusta de la muerte, y se siente con valor para *suicidiarse á sí misma* con la mayor sal del mundo. Yo me mato cómo quien se bebe un vaso de agua. ¡Qué gusto, qué dulcísimo estímulo de curiosidad! ¡Enterarse de todo lo que hay por allá, y verle la cara al *pusuntra!*... ¡Curarse radicalmente de aquella dudita fastidiosa de *ser ó no ser,* como dijo *Chispecrís...!* En fin, que no me vuelvas á decir eso de quererme un poquito menos, porque mira tú... ¡si vieras qué

bonita colección de revólveres tiene mi don *Lepe!* Y te advierto que los sé manejar, y que si me atufo, ¡pim! me voy á dormir la siesta con el Espíritu Santo...»

¡Y cuando el tren traía y llevaba todo este cargamento de sentimentalismo, no se inflamaban los ejes del coche-correo, ni se disparaba la locomotora, como corcel en cuyos hijares aplicaran espuelas calentadas al rojo! Tantos ardores permanecían latentes en el papelito en que estaban escritos.

XVII

Tan voluble y extremosa era en sus impresiones la señorita de Reluz, que fácilmente pasaba del júbilo desenfrenado y epiléptico á una desesperación lúgubre. Hé aquí la muestra:

«*Caro bene, mío diletto,* ¿es verdad que me quieres tanto, y que en tanto me estimas? Pues á mí me da por dudar que sea verdad tanta belleza. Díme: ¿existes tú, ó no eres más que un fantasma vano, obra de la fiebre, de esta ilusión de lo hermoso y de lo grande que me trastorna? Hazme el favor de echar para acá una carta *fuera de abono,* ó un telegrama que diga: *Existo. Firmado, señó Juan...* Soy tan felíz, que á veces paréceme que vivo suspen-

dida en el aire, que mis piés no tocan la tierra, que huelo la eternidad y respiro el airecillo que sopla más allá del sol. No duermo. ¡Ni qué falta me hace dormir!... más quiero pasarme toda la noche pensando que te gusto, y contando los minutos que faltan para ver tu geta preciosa. No son tan felices como yo los justos que están en éxtasis á la *verita* de la Santísima Trinidad; no lo son, no pueden serlo... Sólo un recelo chiquito y fastidioso, como el grano de tierra que en un ojo se nos mete y nos hace sufrir tanto, me estorba para la felicidad absoluta. Y es la sospecha de que todavía no me quieres bastante, que no has llegado al supremo límite del querer, ¿qué digo límite, si no lo hay? al principio del último cielo, pues yo no puedo hartarme de pedir más, más, siempre más; y no quiero, no quiero sino cosas infinitas, entérate... todo infinito, infinitísimo, ó nada... ¿Cuántos abrazos crees que te voy á dar cuando llegues? Vé contando. Pues tantos como segundos tarde una hormiga en dar la vuelta al globo terráqueo. No; más, muchos más. Tantos como segundos tarde la hormiga en partir en dos, con sus patas, la esferita terrestre, dándole vueltas siempre por una misma línea... Con que saca esa cuenta, tonto.»

Y otro día:

«No sé lo que me pasa, no vivo en mí, no puedo vivir de ansiedad, de temor. Desde ayer no hago más que imaginar desgracias, suponer cosas tristes: ó que tú te mueres, y viene á contármelo D. Lope con cara de regocijo, ó que me muero yo y me meten en aquella caja horrible, y me echan tierra encima. No, no, no quiero morirme, no me da la gana. No deseo saber lo de allá, no me interesa. Que me resuciten, que me vuelvan mi vidita querida. Me espanta mi propia calavera. Que me devuelvan mi carne fresca y bonita, con todos los besos que tú me has dado en ella. No quiero ser sólo huesos fríos y después polvo. No, esto es un engaño. Ni me gusta que mi espíritu ande pidiendo hospitalidad de estrella en estrella, ni que San Pedro, calvo y con cara de malas pulgas, me dé con la puerta en los hocicos... Pues aunque supiera que había de entrar allí, no me hablen de muerte; venga mi vidita mortal, y la tierra en que padecí y gocé, en que está mi pícaro *señó Juan*. No quiero yo alas ni alones, ni andar entre ángeles sosos que tocan el arpa. Déjenme á mí de arpas y acordeones, y de fulgores celestes. Venga vida mortal, y salud y amor, y todo lo que deseo.

»El problema de mi vida me anonada más cuanto más pienso en él. Quiero ser algo en el

mundo, cultivar un arte, vivir de mí misma. El desaliento me abruma. ¿Será verdad, Dios mío, que pretendo un imposible? Quiero tener una profesión, y no sirvo para nada, ni sé nada de cosa alguna. Esto es horrendo.

»Aspiro á no depender de nadie, ni del hombre que adoro. No quiero ser su manceba, tipo innoble, la hembra que mantienen algunos individuos para que les divierta, como un perro de caza; ni tampoco que el hombre de mis ilusiones se me convierta en marido. No veo la felicidad en el matrimonio. Quiero, para expresarlo á mi manera, estar casada conmigo misma, y ser mi propia cabeza de familia. No sabré amar por obligación; sólo en la libertad comprendo mi fe constante y mi adhesión sin límites. Protesto, me da la gana de protestar contra los hombres, que se han cogido todo el mundo por suyo, y no nos han dejado á nosotras más que las veredas estrechitas por donde ellos no saben andar...

»Estoy cargante ¿verdad? No hagas caso de mí. ¡Qué locuras! no sé lo que pienso, ni lo que escribo; mi cabeza es un nidal de disparates. ¡Pobre de mí! Compadéceme; hazme burla... Manda que me pongan la camisa de fuerza, y que me encierren en una jaula. Hoy no puedo escribirte ninguna broma, no está

la masa para rosquillas. No sé más que llorar, y este papel te lleva un *botiquín* de lágrimas. Díme tú, ¿por qué he nacido? ¿por qué no me quedé allá, en el regazo de la señora nada, tan hermosa, tan tranquila, tan dormilona, tan...? no sé acabar.»

En tanto que estas ráfagas tempestuosas cruzaban el largo espacio entre la villa mediterránea y Madrid, en el espíritu de Horacio se iniciaba una crisis, obra de la inexorable ley de adaptación, que hubo de encontrar adecuadas condiciones locales para cumplirse. La suavidad del clima le embelesaba, y los encantos del paisaje se abrieron paso al fin, si así puede decirse, por entre las brumas que envolvían su alma. El Arte se confabuló con la Naturaleza para conquistarle, y habiendo pintado un día, después de mil tentativas infructuosas, una marina soberbia, quedó para siempre prendado del mar azul, de las playas luminosas y del risueño contorno de tierra. Los términos próximos y lejanos, el pintoresco anfiteatro de la villa, los almendros, los tipos de labradores y mareantes le inspiraban deseos vivísimos de transportarlo todo al lienzo; entróle la fiebre del trabajo, y por fin, el tiempo, antes tan estirado y enojoso, hízosele breve y fugáz; de tal modo que,

al mes de residir en Villajoyosa, las tardes se comían las mañanas, y las noches se merendaban las tardes, sin que el artista se acordara de merendar ni de comer.

Fuera de esto, empezó á sentir las querencias del propietario, esas atracciones vagas que sujetan al suelo la planta, y el espíritu á las pequeñeces domésticas. Suya era la hermosa casa en que vivía con doña Trini: un mes tardó en hacerse cargo de su comodidad y de su encantadora situación. La huerta poblada de añosos frutales, algunos de especies rarísimas, todos en buena conservación, suya era también, y el fresal espeso, la esparraguera y los plantíos de lozanas hortalizas; suya la acequia que atravesaba caudalosa la huerta y terrenos colindantes. No lejos de la casa, podía mirar asimismo con ojos de propietario un grupo de palmeras gallardas, de bíblica hermosura, y un olivar de austero color, con ejemplares viejos, retorcidos y berrugosos como los de Getsemaní. Cuando no pintaba, echábase á pasear de largo, en compañía de gentes sencillas del pueblo, y sus ojos no se cansaban de contemplar la extensión cerúlea, el siempre admirable *botiquín,* que á cada instante cambiaba de tono, como inmenso sér vivo, dotado de infinita impresionabilidad. Las velas latinas que lo mo-

teaban, blancas á veces, á veces resplandecientes como tejuelos de oro bruñido, añadían toques picantes á la majestad del grandioso elemento, que algunas tardes parecía lechoso y dormilón, otras rizado y transparente, dejando ver, en sus márgenes quietas, cristalinos bancos de esmeralda.

Lo que observaba Horacio, dicho se está que al punto era comunicado á Tristana.

Del mismo á la misma:

«¡Ay, niña mía, no sabes cuán hermoso es esto! ¿Pero cómo has de comprenderlo tú, si yo mismo he vivido hasta hace poco ciego á tanta belleza y poesía? Admiro y amo este rincón del planeta, pensando que algún día hemos de amarlo y admirarlo juntos. ¡Pero si estás conmigo aquí, si en mí te llevo, y no dudo que tus ojos ven dentro de los míos lo que los míos ven!... ¡Ay, *Restitutilla*, cuánto te gustaría mi casa, *nuestra* casa, si en ella te vieras! No me satisface, no, tenerte aquí en espíritu. ¡En espíritu! Retóricas, hija, que llenan los labios y dejan vacío el corazón. Ven, y verás. Resuélvete á dejar á ese viejo absurdo, y casémonos ante este altar incomparable, ó ante cualquier otro altarito que el mundo nos designe, y que aceptaremos para estar bien con él... ¿No sabes? Me he franqueado con mi ilustre tía. Imposible guardar

más tiempo el secreto. Pásmate, chiquilla; no puso mala cara. Pero aunque la pusiera... ¿y qué? Le he dicho que te tengo ley, que no puedo vivir sin tí, y ha soltado la risa. ¡Vaya que tomar á broma una cosa tan seria! Pero más vale así... Díme que te alegra lo que te cuento hoy, y que al leerme te entran ganas de echar á correr para acá. Díme que has hecho el hatillo, y me lanzo á buscarte. No sé lo que pensará mi tía de una resolución tan *súpita*. Que piense lo que quiera. Díme que te gustará esta vida obscura y deliciosa; que amarás esta paz campestre; que aquí te curarás de las locas efervescencias que turban tu espíritu, y que anhelas ser una felíz y robusta villana, ricachona en medio de la sencilléz y la abundancia, teniendo por maridillo al más chiflado de los artistas, al más espiritual habitante de esta tierra de luz, fecundidad y poesía.

»*Nota bene*. Tengo un palomar que da la hora, con treinta ó más pares. Me levanto al alba, y mi primera ocupación es abrirles la puerta. Salen mis amiguitas adoradas, y para saludar al nuevo día, dan unas cuantas vueltas por el aire, trazando espirales graciosas; después vienen á comer á mi mano, ó en derredor de mí, hablándome con sus arrullos un lenguaje que siento no poder transmitir-

te. Convendría que tú lo oyeras y te enteraras por tí misma.»

XVIII

De Tristana á Horacio:

«¡Qué entusiasmadito y qué tonto está el *señó Juan!* ¡Y cómo con las glorias de ese terruño se le van las memorias de este páramo en que yo vivo! Hasta te olvidas de nuestro vocabulario, y ya no soy la *Frasquita de Rímini*. Bueno, bueno. Bien quisiera entusiasmarme con tu *rustiquidad* (ya sabes que yo invento palabras), *que del oro y del cetro pone olvido*. Hago lo que me mandas, y te obedezco... hasta donde pueda. *Bello país debe ser...* ¡Yo de villana, criando gallinitas, poniéndome cada día más gorda, hecha un animal, y con un dije que llaman *maridillo* colgado de la punta de la naríz! ¡Qué guapota estaré, y tú qué salado, con tus tomates tempranos y tus naranjas tardías, saliendo á coger langostinos, y pintando burros con zaragüelles, ó personas racionales con albarda... digo, al revés. Oigo desde aquí las palomitas, y entiendo sus arrullos. Pregúntales por qué tengo yo esta ambición loca que no me deja vivir; por qué aspiro á lo imposible, y aspiraré siempre, hasta que el imposible mismo se me